



Vivienda y sociedad

EL VACIO ENAJENADO

HACIA 1529, Thomas Münzer fundó una comunidad, denominada de los *anabaptistas*; sus prácticas se regían según los principios del cristianismo primitivo, los bienes eran administrados de forma comunitaria, se predicaban leyes contra el abuso y la explotación del hombre por los beneficios conseguidos de explotar la Naturaleza misma, y en sus estatutos aparecían algunos de los principios requeridos posteriormente por la Revolución francesa. Esta comunidad, según precisan las crónicas de la época, fue, a escaso tiempo de su fundación, violentamente destruida por católicos y protestantes.

Los Anabaptistas contemporáneos inciden sobre el panorama de la destrucción del medio con un énfasis moral tan ilusorio como el de aquellos otros de los comienzos del siglo XVI, cuando redactaban en Múehausen las normas de una comunidad liberada de los intereses privados, en la que el trabajo del hombre, utilizado en transformar su entorno, no fuera requerido y supeditado a unas relaciones de explotación, origen y desafuero de la desigualdad de los hombres y de sus clases.

Nuestra sociedad actual, menos comercial, aunque más industrial y tecnologizada, fomenta y desarrolla unas agrupacio-

«Cinco cuestiones de arquitectura» (Taller Ediciones JB, 1974) es el título del último libro del profesor Fernández Alba, al que pertenece el capítulo que ofrecemos a continuación. La personalidad del autor, como tratadista y profesional de la arquitectura, es ya conocida por los lectores de TRIUNFO, lo que nos exime de una larga presentación. Baste para ello la relación de sus últimos trabajos publicados en nuestras páginas, reveladores de las preocupaciones y temática de Antonio Fernández Alba: «Proceso a la construcción», número 434; «Arquitectura y ciudad», 476; «De la arquitectura de la condescendencia a la arquitectura de la contestación», 498; «Arquitectura y urbanismo en Barcelona», 554, y «Madrid, ¿capital del desarrollo?», 573.

Antonio Fernández Alba

nes sociales cada vez más diferenciadas, pero clasificadas según puros niveles de productividad, y en orden a estos índices sucede que se organizan los poderes de decisión. Nuevas formas de destrucción se inscriben en las ideologías de la época, y no sólo arremeten contra las propuestas teóricas de unas relaciones humanas, sino que tienden a invalidar de forma sustancial el medio natural como lugar para la convivencia del ser humano.

La agresión al medio

¿Qué fenómenos del *hábitat* del hombre protagonizan esta

agresión contra el medio natural?

¿En qué grado la artificialidad que construye el hombre de la sociedad industrial lesiona su propio orden artificial?

En el tejido urbano de la sociedad industrial aparecen, sin duda, diversas patologías interrelacionadas, nada fáciles a la hora de diagnosticar con lucidez el proceso de evasión en el medio natural. No obstante, se desarrolla un fenómeno muy significativo: el *hábitat* urbano contemporáneo, destinado a configurar la asimilación y localización de las corrientes demográficas preindustriales, ha introducido un factor *socio-espacial*, en el cual se acumula una serie de

funciones básicamente distorsionadas en su origen y claramente destructivas en su desarrollo. La política habitacional (la producción masiva de viviendas como proceso de planificación netamente ambiental de la sociedad industrializada) ofrece una génesis y un desarrollo de carácter destructor.

La vivienda es el reducto donde la privacidad del hombre se hace más elocuente y también donde aparece más precisa su estratificación social. El derecho a la vivienda, que con tanto énfasis administran los programas políticos, debería formar parte del repertorio de los derechos naturales del hombre para con su medio. Es sabido que la vivienda, desde sus primeros asentamientos en la ciudad, ha sido un factor determinante en el desarrollo de la misma, pero donde sin duda alcanza una cota decisiva es en los orígenes de la ciudad preindustrial, la cual se transformaría, a nivel sociológico, no en un derecho, sino en un producto de manipulación general, ofreciendo su configuración espacial la imagen más precisa de los nuevos modos de producción.

Tampoco es ignorado que la división del trabajo en los esquemas industriales favorecería unas corrientes de atracción laboral, a las que acudiría la mano de obra ▶

Black & Decker

imprescindible en su hogar



**Taladros
de 1 y 2 velocidades.
Taladros percutores.
A partir de 1.695 ptas.**

¡elijá el taladro que necesite!

Con un taladro de 2 velocidades obtendrá más potencia y versatilidad de uso. El taladro percutor tiene 2 velocidades, más la posibilidad de convertirse en acción percutora, facilitando así la perforación en obra de cemento. El taladro de 1 velocidad, sólo cuesta 1.695,- ptas.

Black & Decker es mucho más que un taladro

Con el accesorio adecuado usted podrá desarrollar múltiples aplicaciones. Entre ellos,



lijar

Lijadora
orbital
D-988
P.V.P.
680 ptas.

**taladrar
con
precisión**

Soporte
vertical
GD-80
P.V.P.
1.390 ptas.



**serrar en
todas
direcciones**

Sierra
de vaivén
D-986
P.V.P.
1.190 ptas.



**serrar en
línea recta**

Sierra
Circular
D-984
P.V.P.
725 ptas.



GRATIS recibirá un catálogo informativo enviando este cupón a Black & Decker, Apartado No. 40 - S. Baudilio LL. (Barcelona) 01

Nombre _____

Dirección _____

Población _____ Provincia _____

EL VACIO ENAJENADO

ascendente del medio rural. Tales relaciones de trabajo generaban nuevos niveles de explotación por los colonizadores industriales, controlando no sólo el uso del suelo, sino la forma misma de configurarlo. Con gran precisión ha señalado M. Castells en su análisis entre sociedad y espacio: «Incluso la forma de las ciudades y su evolución y funciones dependerán estrechamente del tipo de proceso social que los subyace, y la estructura urbana así creada influirá en un determinado sentido en los nuevos procesos sociales que se originan en su seno».

La vivienda iba a asumir en el proceso de la revolución industrial un papel semejante al de la industria inscrita en las leyes de la eficiencia económica; tiende a eliminar, como en la industria, toda deficiencia esencial y a unificar su tipología habitacional dentro de las normas de la cultura industrial. La vivienda, por tal modo, viene a ser un subproducto más de la industria, concentrado por ésta y abierto a las normas de mercado (de ahí su tipificación y estandarización), y se transforma en un producto oferta

de la _____ en la modalidad demanda

solicitada por la producción y consumo. La imagen formal que ofrecen los conjuntos de viviendas urbanas no es el resultado de una falta de control del medio, reproduce más bien la imagen prototípica del uso del espacio y de su organización social por las formas de producción del capital industrializado.

La vivienda, dentro de este sistema, entra a formar parte en calidad de argumento de manipulación general. La naturaleza de su desarrollo, sus planos simbólicos y reales, el uso de su espacio, la calidad ambiental que genera, son amputados en favor de las intenciones productivas, de modo que el proceso natural de la habitación queda truncado en sus relaciones de espacialidad tanto privada como social.

Un análisis somero y a nivel de consideraciones muy generalizadas nos permite reseñar cómo la tipología espacial de la vivienda se encuentra adulterada en sus factores intrínsecos de uso y en aquellos otros complementarios, de relación ambiental.

En cuanto a sus relaciones y condicionamientos que le son más propios, la vivienda debe concordar con unos requisitos mínimos, no habiendo duda en aceptar que ella (la vivienda):

1. Sea válida social y culturalmente.
2. Se pueda utilizar durante un tiempo razonable.
3. No altere la calidad de la vida del usuario.

La referencia a su realidad más inmediata nos permite, sin embargo, obtener un cuadro harto contradictorio, al observar:

a) La promiscuidad espacial de la vivienda masificada.

b) Mínima concordancia con el uso familiar y su crecimiento.

c) Inadecuación y escasa movilidad en cuanto a las nuevas tendencias de organización familiar.

d) Desajuste de inversión (al tener que hipotecar el salario de un trabajo aún no realizado).

e) Temporalidad en los usos frente a la permanencia que exige el valor de cambio asignado al espacio.

f) Incongruencia entre forma arquitectónica y contenido social.

En orden a su relación ambiental, la vivienda inscrita en el plano urbano nos ofrece una hostilidad recíproca:

a) Alteración del espacio de usos y servicios públicos.

b) Análoga alteración en sus dimensiones de convivencia político-sociales.

c) Adulteración del territorio social urbano (parques, guarderías, espacios de ocio...).

d) Estratificación e inhabilitación de los espacios de uso público en beneficio de los intereses privados.

e) Escasa movilidad de tipos en la vivienda urbana frente al deterioro creciente de los estereotipos sociales.

f) Contraste ambiental (el espacio público, como no dependiente, frente a la potenciación del sentido de propiedad de la vivienda indigente).

Fácil es, por último, comprobar cómo la territorialidad de un espacio privado, ocupado sin sentido social, transforma el *ecosistema urbano* en un proceso de degradación creciente.

Esta hostilidad recíproca nos hace patente la necesidad de un sentido de globalidad espacial si queremos verificar la unidad del espacio privado y espacio social, espacio individual y colectivo. La relación entre el asentamiento (territorio) y vivienda (célula habitable) viene sustentada en la revisión histórica del hábitat humano por una amplia gama de factores que inciden en su organización y formalización: clima, localización geográfica, materiales, técnicas constructivas, factores socio-culturales... En las actuales relaciones de producción, todo queda supeditado, según antes se indicó, a las estrictas normas de eficiencia económica. Esta limitación de enfoque puede aparecer como unidireccional, por cuanto que en la creación y formalización del espacio para la vivienda del hombre contemporáneo nos limitamos a descubrir un producto evolucionado



La relación entre el asentamiento (territorio) y la vivienda (célula habitable) viene sustentada en la revisión histórica del hábitat humano por una serie de factores que inciden en su organización y formulación. En las actuales relaciones de producción todo queda supeditado a las estrictas normas de eficiencia económica.

de los conceptos económicos del siglo XIX. Pero, ¿qué otra respuesta coherente ofrece el análisis del espacio arquitectónico de la vivienda en la sociedad actual? ¿Acaso su formalización no responde a una simplificación del espacio dependiente de las diferentes fases de evolución económica? ¿Las propuestas formales arquitectónicas han logrado en algún sentido otra alternativa?

El modo de producción en la sociedad industrial avanzada engloba toda una serie de sistemas ideológicos, administrativos, técnicos y políticos, pero todos ellos se ven supeditados a un tipo de dependencia, cuya relación, de atender a los sociólogos, es variable. «En todo modo de producción hay un sistema dominante, variable, cuyo lugar de emplazamiento en la estructura caracteriza al modo de producción en cuestión. En todo modo de producción hay, por otra parte, un sistema determinante en última instancia, que —por el contrario— es invariable (este es siempre el sistema económico). El tipo de sistema económico (la estructuración particular de sus elementos) explica cuál es el sistema dominante en cada modo de producción, y, por consiguiente, cuál es la estructuración particular de los diversos sistemas (matriz del modo de producción)». «Una sociedad históricamente dada (una formación social) es —para M. Castells— un entrelazado particular de diversos modos de producción, uno de los cuales aparece como predominante entre los demás».

Construcción y servicios

El costo de la vivienda, hacia 1900, inducía un 3 por 100

para servicios y maquinaria, junto a un 97 por 100 destinado a la construcción; en 1967, el 50 por ciento lo absorben la mecanización y servicios, frente a un 50 por 100 para la construcción. La matriz del modo de producción ha evolucionado hacia unos sistemas de tecnología más depurada (dotación de servicios, electrodomésticos, clima artificial, mayor coeficiente de confort...) y un descenso de la intervención de mano de obra artesana en técnicos constructivos. El sistema dominante, al ser variable, permite unos límites correctores en cuanto a la manipulación del producto (vivienda) si aparecen nuevas necesidades a satisfacer, pero el sistema determinante de carácter invariable solicita, en última instancia, unos intereses concretos: su eficiencia económica. Esta planificación está reclamando una situación límite en la configuración de la conducta en el grupo social. No se debe olvidar de qué forma el comportamiento del hombre es territorial y en qué medida la conducta humana se manifiesta ligada al uso del espacio como una dimensión más (dato corroborado pese a la dificultad que reviste todo análisis de relación entre conducta-medio). La tolerancia de la densidad demográfica ha de ceñirse a unos límites, que en grandes sectores de la territorialidad urbana contemporánea son anárquicamente rebasados. ¿Qué ocurre cuando la capacidad de adaptación realizada por la evolución del hombre en su medio se rompe? Es evidente que se destruye el equilibrio del grupo; las estructuras que rigen y ordenan el territorio social se adulteran; el espacio arquitectónico, el más contingente e inmediato a la evolución del hombre, se destruye; el medio ambiente, en última instancia, se hace inhóspito. Espacio privado y espacio público in-

tercambian entre sí su realidad ambiental (son procesos de regulación y autodeterminación de la estructura social del hombre); su cualificación o segregación, la opción al desarrollo o su destrucción, provienen del sistema determinante, facultado para generar leyes de crecimiento lineal, concretas y precisas, y siendo la destrucción del proceso ecológico su finalidad última, de él obtiene el sistema dominante la variabilidad en los diferentes modos de producción.

No es de extrañar el salto iniciado, rebasada la primera mitad del siglo XX, en los modos de producción tecnocráticos hacia la conquista sobre el medio ambiente, dándose en la naturaleza de la base territorial un campo de alternativas múltiples que entrañan otros tantos condicionantes:

- a) La estructura social del grupo o grupos.
- b) Las actividades y funciones.
- c) Los modos de vida y sus formas.
- d) La morfología del espacio.

Los nuevos territorios artificiales creados por los modos de producción tecnocráticos se entienden más como una multiplicidad de nuevos espacios para la inversión que como medio ambiente de la Naturaleza transformada. La adaptabilidad a estos medios artificiales está producida por técnicas de persuasión que rompen los propios naturales de adecuación del hombre a su medio, eliminan el tiempo en las pautas de asentamiento, la relación espacio-temporal es disociada, al ser acelerada su adaptabilidad. El hombre, como es sabido, se presenta como un biosistema con una limitada capacidad de cambio en sí mismo; no acaba en su dimensión antropocéntrica, se prolonga en la naturaleza transformada; las reaccio-

nes a esta adaptación se presentan bajo las formas sociales de la ansiedad, la angustia o la violencia que generan las formas espaciales de las nuevas especies de dominio establecidas por la lógica tecnocrática.

La vivienda ocupa el territorio adulterando las pautas lógicas de asentamiento entre el medio natural y el medio artificial, una desigualdad creciente y acelerada multiplica los lugares de residencia, el hábitat de minorías (heterotopías) confecciona diferentes formas espaciales, y, junto a ellas, el realismo político-económico del *laissez-faire* acondiciona las macroarquitecturas del consumo programado. Frente al entorno de la violencia —referencia espacial que disfruta la ciudad contemporánea—, se nos ilustra con hábitats idealistas, donde una arquitectura para la evasión nos distrae con estupefacientes ambientales. La estratificación en clases, generada por la sociedad tecnocrática dentro de su atomizada planificación, está engendrando una nueva actitud agresiva, la conducta oculta, engendrada en estos hábitats residuales, no podrá manifestarse nada más que como una alternativa de violencia, porque violencia y agresión son los gestos disuasorios que definen la intervención sobre el medio.

La agresividad del capital industrial vertía su capacidad de promoción en las categorías barrocas del modernismo, y la arquitectura disponía en sus espacios los vaticinios simbólicos del triunfo de la revolución industrial burguesa. Complacida, esta arquitectura se acercaba a la Naturaleza no para transformarla ni desmitificarla, usurpando sus formas en una mueca bastante cruel al mismo tiempo que significativa. Un naturalismo emblemático anticipa esta nueva incursión, menos metafórica y más acumulativa, menos ilustrada, pero más tecnocrática, con menos afán de representatividad, pero mayor voluntad de dominio. No le falta razón a Engels cuando afirma que «a pesar de los fines conscientemente perseguidos por todos los individuos, es el azar el que de una manera general reina aparentemente en la superficie. Raras veces se realiza el designio propuesto: en la mayoría de los casos, los fines perseguidos se entrecruzan y se contradicen, o bien son ellos mismos, «a priori», irrealizables, o bien asimismo son insuficientes los medios para realizarlos. Así es como los conflictos de innumerables voluntades crean, en el terreno histórico, una situación análoga a la que reina en la naturaleza inconsciente». ■ A. F. A. © Taller Ediciones JB.